

La parte inferior de los edificios puede llamarse diáfana, tan gigantescos y limpios son los cristales que las constituyen, y de los que están hechos aparadores riquísimos iluminados en la parte interior; en los aparadores están agotando las mercancías la persuasión, las seducciones, la súplica, la sorpresa y el mandato.

Ya son sombreros de todas las formas; de todas las fisonomías imaginables, expuestos en gradas ó suspendidos en alambres: inmediatamente despues se divierte la vista con naranjas envueltas en sus papeles, plátanos á medio pelar y manzanas lustrosas con sus mejillas de escarlata: se separan los ojos de la fruta, y se despeña en cascadas que forman las alfombras, ó en montones de petacas, carteras y útiles de viaje, de vaqueta y cuero de Rusia: apénas vuela la mirada sobre esos útiles, cuando examina sobre negro terciopelo, collares de diamantes y de perlas, sortijas como chispas de fuego, mancuernas amorosas, prendedores lascivos, aretes acariciadores y adornos de peinado provocativos: un paso más y es un piélagó de encajes y listones, entre cuyas ondas sobrenadan fallitas de niños, golas, baberos y mantillas: otro paso, y es un caos de zapatos, desde el botín de raso y oro de la *lady*, hasta la falúa inverosímil que calza la pata inconmensurable del hombre del Kentucky....

El cuadro, de día especialmente, lo animan multitud de paseantes; los vendedores de bizcochos, dulces y frutas que se instalan á los lados de las banquetas; los pegadores de loza y vidrio; los carrillos con cacahuates, que aquí tienen rara preponderancia; los aparadorcillos de navajas, collares y anillos de *dublé*, y los canastos de preciosos ramilletes de las floristas.

VIAJE DE FIDEL.



LIT. DE H. TRIARTE.

Broadway.

En el centro de la calle son las encontradas corrientes de carruajes, con sus caballos arrogantísimos y sus cocheros, que á lo léjos muestran en la poblacion aérea, los diferentes grados de la fortuna.

El cochero del banquero, con sus guantes blancos, su frac de paño y su continente aristocrático, como desertado de una recepcion diplomática; el del ómnibus, con su gestudo sombrero como un retruécano, la tez aguardientosa y las manos como de corteza de árbol; el conductor del carro, con su cachucha y en mangas de camisa; y el negro carretero, con su sorbete estupendo, sus colosales botas y su leviton abierto como las dos alas de un ropero, cimbrándose y dando cada grito que tiembla el mundo.

Desde el rio de luz de la calle de Brodway se van viendo, al tocar en las bocacalles, travesías de ménos luz, ó sombras cruzadas por hileras silenciosas de farolas, en cuyas aceras se anuncia con mayor luz alguna diversion.

Llegamos al teatro llamado "Columbia Opera House," que se encuentra en la esquina de la calle 12.

El teatrillo es reducido, más reducido aún que nuestro teatro de Corchero, con toscas bancas en el patio y una sola hilera de palcos, coronada por una desmantelada galería.

Como ya sabemos, no hay telones que descendan; son tablones corredizos divididos en dos secciones, los que forman la decoracion.

El palco escénico es muy pequeño, cubierto por las dos alas de una cortina encarnada.

Nos posesionamos de un palco: á nuestra entrada, la orquesta, en que los palillos, el tambor, y sobre todo las trompetas, hacen gran papel, tocaba algo de sentimental y quejoso.

Eran los cuadros plásticos, es decir, personas que con camisetitas y calzones de punto que remedan la carne humana, figuran grupos históricos con perfección. Es la enseñanza objetiva de la historia; para el libertino, funge de incentivo; para el artista, de estudio.

Representábase el Juicio de París; el teatro estaba medio oscuro; en el escenario se destacaba, entre un raudal de luz eléctrica que atravesaba sobre el cuadro, el grupo.

Hermoso el pastor mitológico, las deidades olímpicas en actitudes deliciosas. . . . cayó el velo, la música incitó el clamoreo del aplauso.

Abrióse la cortina, y se recreó la vista con un grupo de amazonas.

El grupo en que Frinea revela su hermosura con arrogancia triunfal, desarmando al areópago, me encantó, y me encantó porque cuando en esos grupos se observa el arte, se hace el culto de la estética, se glorifica la forma, como que revive y palpita la epopeya, como que se escucha suspirando la lira de Homero, en torno de esas hermosuras que han atravesado luminosas los siglos.

Y sin embargo, el pérfido albayalde de la diosa, la justipreciación de sus formas, el nombre real de la chica de corta fortuna, escupido entre negra saliva de tabaco, aniquilan el ideal y nos sepultan en repugnantes realidades.

Apénas se indicó el entreacto, cuando pollos alentados, viajeros curiosos, zorrillos de entre bastidores y cazadores de gangas, dejaron sus asientos, atravesaron excusadas escaleras e invadieron un pequeño salón con sus mesas, su mostrador y su expendio de licores, cerveza, refrescos y tabacos.

Entre el humo en que se veían sorbetes y fieltros, rostros encendidos de bebedores, fisonomías de muchachos despiertos y canas de vejetes despabilados, fueron penetrando bulliciosas, saltadoras y con descoco inaudito, las deidades olímpicas, con sus lanzas de palo, sus cascos groseros de cartón, sus collares y pulseras de cuentas de papelillo y vidrio, sus ropas de telas ordinarias, escudos, cetros y todo el descolorido atavío del teatro de la legua.

La joven se sienta marcial, es invitada ó invita, se hace de confianza, toma el peso á la cadena del reloj, se extasia con los anillos, diciendo que son lindos, espléndidos, y que le vendrían bien.

Paletós y senos palpitantes, morriones y sorbetes, paraguas y escudos, mantos de púrpura y sacos rabones. Minerva con su cigarrillo, inclinando la frente bajo las alas del sombrero tendido de un labriego, Frinea componiéndose un zapato, otra divinidad con tantos bigotes de cerveza. . . . y no más, y nada más: por más que la malicia quiera protestar en contrario, toda aquella alegría artificial, todas aquellas miradas de pacotilla, toda esa mercería de *dublé*, compuesta de sonrisas, suspiros, celos y lágrimas, no es la lujuria, no la desenvoltura, no la orgía; es simple y friamente la especulación del *bar-room*. Habrá sus ajustes exteriores, habrá lo que se quiera; pero allí solo se trata de la venta de licores, entre el humo, los gritos y el aparato calculado del placer.

De repente suena una campana, y como bandada de gorriones que entre los surcos pepenaban el grano cuando oyen el tiro, vuelan ninfas y pastoras, nos codean y rozan, descendiendo por los angostos pasillos, sílfides, náyades y ba-

yaderas, y el cortejo de bebedores sale como un convoy fúnebre del salon, que queda desierto.

Mis amigos estaban contentos, se aumentaba su gusto con la presencia de mis primeras impresiones: ellos eran soldados aguerridos.

Eran más de las doce de la noche: en el centro de la ciudad no cesaba el movimiento; las calles apartadas dormían profundamente, como los lacayos en las escaleras que conducen á un salon de baile.



XVI

Un Shadow.—El baile.—Elegancia de las damas.—El Tivoli.—Funámbulos.—Evoluciones militares.—Cuadros animados.—La rendición de Lee á Grant.—El Dr. Navarro.—El Sr. Lic. Ignacio Mariscal.—Brodway.—Descripción de la ciudad.—Numeración de las calles.—Diferencia entre calles y avenidas.—Casas y grandes edificios.—Rótulos y avisos.—Iglesia de la Trinidad.—Correos.—Casas consistoriales.—Los niños y los pájaros.—Caracteres de Brodway.—Perfiles del yankee.—Limpiabotas.—Vendedores de periódicos.

V A vd. á ver un *Shadow*, me dijo uno de los amigos; todavía no es hora de los eclipses, y diciendo y haciendo: atravesó un wagon, lo detuvimos, y á los quince minutos estábamos á media legua de distancia (calle 31).

Era un salon ovalado ceñido por un corredor estrecho en su medio, en que estaban colocadas sillas con damas y galanes. Bajo el corredor, y siguiendo su forma, había también una hilera de sillas.